

INTERNET ¿RETO O FILÓN PARA EL LINGÜISTA?

Morala Rodríguez, José R. (2006), "Internet ¿reto o filón para el lingüista?", en J. Otero y H. Perdiguero (coord), *El porvenir del español en la sociedad del conocimiento*, Fundación Caja de Burgos, Burgos, 141-149.
ISBN: 84-96421-40-6

Biblioteca

Tengo que aclarar desde el mismo inicio de este texto que, aunque el campo sobre el que se me propuso trabajar aludía a *Lengua y ciencia en Internet*, no voy a referirme a la ciencia en general o al lenguaje científico sino únicamente a lo que atañe a Internet y las nuevas tecnologías, de un lado, y, de otro, a la Lingüística o a la Filología en tanto que disciplinas que estudian la lengua y, más concretamente, en la medida que esto incumbe a la lengua española, que es el objeto de este encuentro.

En todo caso, si hubiera que hacer una reflexión sobre la presencia de los diferentes campos científicos en la red hispana, tengo la impresión de que el resultado no sería muy halagüeño. Sin entrar en excesivos detalles, existe, en mi opinión, un caso bien significativo al respecto. Me refiero a la *Wikipedia*, uno de esos proyectos que simbolizan a la perfección el mundo de Internet y la aplicación de las nuevas tecnologías de la información y el conocimiento en la sociedad de comienzos del siglo XXI, con cuyo inicio nació esta enciclopedia virtual. Como es sabido, se trata de un proyecto colectivo, altruista y abierto a todo el mundo cuyo objetivo pasa por construir en Internet la mayor enciclopedia imaginable, con todos los conocimientos a nuestro alcance. De la repercusión del proyecto y de su rápida difusión en la red da buena idea el hecho de que cuente ya con versiones en más de dos centenares de lenguas.

Pues bien, la versión en español no alcanza más que a ser la décima en el número de artículos que contiene, por detrás de lenguas como el alemán, el japonés o el francés, además del inglés, que es el idioma del proyecto original, pero también por detrás de otras lenguas (portugués, sueco o polaco, por ejemplo) cuyo peso internacional y número de hablantes son enormemente menores que los del español¹.

¹ Claro que nunca es bueno generalizar: La situación arriba descrita ha llevado a R. Estrella, diputado del parlamento español y buen conocedor de los entresijos de la red a lanzar hace unos meses una campaña con el objetivo de duplicar los contenidos en castellano de la *Wikipedia*. Bajo el logotipo **Wiki^{es}X2** y el

En buena medida podemos considerar que la participación en proyectos como el de la *Wikipedia* es un barómetro fiable del interés colectivo –no ya de personas, de instituciones o de sectores determinados, sino de toda una sociedad– del aprovechamiento de las nuevas tecnologías como vehículo de difusión del conocimiento. Si el ejemplo es representativo –y a mi juicio lo es–, da la impresión de que el mundo hispanohablante vive con una cierta atonía su incorporación a los cambios que se están produciendo en este comienzo del tercer milenio.

Dejando al margen los retos que estos nuevos medios planteen al conjunto de las ciencias, el uso de Internet presenta una diferencia sustancial respecto a la utilidad que pueda tener para el resto de las disciplinas científicas y el que tiene para las disciplinas que se encargan de estudiar las lenguas. Un matemático, un historiador, un químico o un ingeniero disponen hoy de herramientas impensables hace años que les permiten manejar una enorme cantidad de datos, crear programas específicos, difundir sus trabajos, experimentar en entornos virtuales o disponer de la información necesaria con facilidad y rapidez en cualquier punto del globo. Para los científicos y los investigadores Internet actúa como una especie de biblioteca global donde siempre es posible localizar el volumen buscado o la herramienta adecuada, por más que físicamente pueda estar a miles de kilómetros.

Lo mismo podría decirse para el lingüista. Para solucionar cualquier problema que se le presente sobre el uso de la lengua, las nuevas tecnologías le permiten el manejo de una cantidad de datos sencillamente inimaginable hace poco más de dos décadas. A la posibilidad de acceder fácilmente –como para el resto de las disciplinas– a textos de referencia, trabajos específicos y publicaciones especializadas, se le añade el poder consultar en unos segundos, por ejemplo, todas las ediciones de los diccionarios académicos o buscar en un corpus específico de millones de palabras la presencia de una determinada forma o construcción a lo largo y ancho de la historia y la geografía hispanohablante. Lo que hasta hace poco constituía una novedad –la consulta al *CREA*, al *CORDE* o a otros corpus similares–, va convirtiéndose poco a poco –o así debería de ser– en algo habitual en la labor docente e investigadora del filólogo.

En definitiva, las nuevas tecnologías, como para el resto de las disciplinas científicas, han supuesto un verdadero salto cualitativo en el estudio de la lengua. Pero

aún hay más. Mucho más. Siguiendo con el símil de la biblioteca global que es Internet, cabría decir que, además de las estanterías (virtuales) con los volúmenes catalogados bajo el título específico de Filología o de Lingüística, resultan útiles el resto de las estanterías en las que interesan tanto las secciones de ingeniería, historia o química como todos los textos periodísticos, publicitarios, comerciales o –dado el carácter escasamente convencional de Internet– todos aquellos escritos que raramente figurarían en los anaqueles de una biblioteca al uso y que en Internet cuentan con un importantísimo volumen de aportaciones: foros de discusión, blogs, grupos de noticias y otros similares. Todos ellos conforman un corpus global de límites sencillamente incalculables en el que están representados una multitud de registros, variedades y niveles de lengua a los que el investigador puede ahora acceder de forma tan rápida como fácil para localizar los materiales que le interese analizar.

La razón no puede ser más simple. Los nuevos medios se sirven de diversas vías para transmitir la información. Hay un importantísimo componente de información visual y hay también abundante información en formato audio. Pero como siempre –de esto tampoco se libran los nuevos medios– la mayor parte de la información que queremos transmitir aparece en forma escrita. Por esta vía, los textos, en tanto que textos escritos en una u otra lengua y con independencia de que hablen de historia, de química, de fútbol, de la discusión sobre un tema banal en un foro o de lo que se le pasa por la cabeza al autor de un blog, constituyen todos ellos –siempre que se encuentren digitalizados– un material tan accesible como precioso para el lingüista. Es precisamente esta posibilidad de usar *toda* la red como un inmenso y casi inabarcable corpus sobre el que poder trabajar lo que diferencia a las disciplinas lingüísticas del resto de las ciencias en su relación con Internet.

De este modo, Internet se convierte en un aliado poco menos que imprescindible para el lingüista que puede utilizarlo como un excelente observatorio desde el que analizar la lengua –especialmente una lengua tan extendida como el español– en sus múltiples variantes diatópicas y en sus diferentes registros sociales. Una oportunidad de allegar materiales de estudio que, desde luego, no puede ser rechazada. Vamos a analizar un ejemplo aparentemente simple pero que, al mismo tiempo, deja bien claro el valor excepcional que como punto de observación puede tener Internet para tomarle el pulso a la lengua. Podremos descubrir, así, toda la complejidad que ésta esconde y que

tan lejos se encuentra de poder ser aprisionada en las estrechas paredes de los diccionarios. Lo haremos con la palabra *pistero*.

Si consultamos el diccionario académico –por cierto, lo recomendable es hacer la consulta en línea pues es una de las muchas entradas que se presentan ya enmendadas respecto a la última edición disponible en papel–, podremos comprobar que esta voz tiene en castellano normativo varias acepciones que giran en torno a los conceptos de ‘monedero’ y ‘avaro’ en América Central, el de ‘hematoma’ en Colombia o, sin restricciones geográficas en este caso, el de un tipo de vasija con una forma especial para dar de beber a los enfermos. La consulta a la biblioteca virtual de diccionarios de la RAE nos permite ver que esta última acepción –un derivado de *pisto* ‘jugo de carne’– es la más antigua en el *DRAE*, donde figura desde 1817. El resto de las acepciones, de incorporación mucho más reciente, solo figuran a partir de la edición de 1984.

Si en vez de en el diccionario buscamos en los corpus académicos, veremos que el *CORDE* nos proporciona unos pocos casos en los que predomina el sentido antiguo de ‘vasija’². Por su parte, en el *CREA* localizamos ocho ejemplos³ pero nos topamos ya con una primera sorpresa: los sentidos con los que se usan las formas *pistero*, *-ra* en el *CREA* nada tienen que ver con los que registra el *DRAE*. Todos los ejemplos obtenidos derivan de *pista* y, sin embargo, no hay ningún ejemplo de los derivados de *pisto* ‘dinero’, como en las localizaciones en América Central, ni de los de *pisto* ‘jugo de carne’, que eran los únicos que recogía el *DRAE*. Salta a la vista la asimetría entre los datos del diccionario y los que ofrece el corpus que, al fin y al cabo, es donde mejor podría reflejarse el uso real y actual de la lengua.

Hasta aquí hemos utilizado las herramientas específicas que, a partir de la aplicación de las nuevas tecnologías, se han ido creando para trabajar en el campo de la lengua, campo en el que la RAE ha hecho una labor realmente encomiable. Pero, como decía arriba, al lingüista le interesa Internet –más que como una sección concreta de la biblioteca virtual– como una especie de corpus global sobre el que estudiar la lengua en toda su compleja diversidad. Internet le va a permitir hacerlo directamente, sin la intermediación de los lexicógrafos (diccionario) o de quienes eligen qué textos pasan o no a formar parte de un corpus determinado.

² En concreto, cinco casos todos con el significado de ‘vasija’ localizados en textos del s. XIX o comienzos del XX, salvo uno de 1954 procedente de Guatemala, donde tiene el sentido de ‘avaro’.

³ En ambos corpus www.rae.es los datos corresponden a una búsqueda de la forma *pister** realizada en junio de 2006.

Y para buscar en ese corpus global nada mejor que utilizar las propias herramientas que la red pone a nuestra disposición. Una simple pesquisa a través del buscador más utilizado nos proporciona más de medio millón de documentos en los que aparece dicha *pistero* o sus variantes formales⁴. Una cifra que convierte los exiguos ocho ejemplos del *CREA* en una magra muestra de lo que sería la presencia de esta voz en castellano. Ahora bien, no se trata solamente de un asunto de números y de cantidades. Si todos los ejemplos localizados por este camino tuvieran el mismo sentido que los que hemos localizado antes en el corpus académico, poco podríamos añadir a lo ya visto. No solo no es así, sino que el estudio detallado de estos datos y una serie de búsquedas selectivas⁵ en el conjunto de ese medio millón de documentos nos proporciona tal cantidad de información que, al final, tendremos una idea mucho más apropiada de dónde, por quiénes y con qué significados se utiliza *pistero* en castellano. En definitiva, una completa radiografía de esta voz en el mundo hispanohablante.

No se trata de hacer aquí un estudio lexicográfico completo de la palabra elegida como muestra, pero sí puede decirse, por ejemplo, que la primera acepción del *DRAE* ‘vasija para dar de beber a los enfermos’ aparece de modo poco menos que exclusivo en páginas de antigüedades o en inventarios de hospitales (“antiguo *pistero*”, “*pistero* de porcelana”, “– de loza”, “– de cerámica”). De la acepción de ‘hematoma’ usada en Colombia según la Academia, no encuentro ni un solo ejemplo, por lo que, de existir, será quizá algún uso local escasamente representativo y cuya presencia en el *DRAE* sería legítimo poner en tela de juicio. Respecto al resto de significados (‘avaro’, ‘monedero’) que el diccionario académico da para esta voz, todos ellos derivados de *pisto* ‘dinero’ y localizados en América Central, el mapa que se dibuja a través de la red es bastante más complejo y obliga a referencias mucho más precisas que la mención general que hace la RAE a Centroamérica: en El Salvador solo figura en femenino y con el sentido de ‘cartera, monedero’; en Honduras es adjetivo con la acepción de ‘avaro’, mientras que en Guatemala y Nicaragua tiene un sentido más cercano a un insulto de

⁴ La búsqueda en Google no admite comodines por lo que ha de repetirse con las distintas formas: *pistero*, 151.000 documentos; *pistera*, 52.000; *pisteros*, 197.000 y *pisteras*, 134.000. En total 534.000 documentos en los que, obviamente, puede darse el caso de que en un mismo texto aparezcan dos o más de las variantes formales. En todo caso, una cifra contundente.

⁵ Internet no es, desde luego, un corpus organizado. Pero eso no tiene por qué ser un inconveniente. La posibilidad de cruzar informaciones en los buscadores (‘*pistero* + enfermo’, ‘*pistero* + ojo’, ‘*pistero* + morado’) o de utilizar algunas de las funciones de las que estas herramientas disponen (por ejemplo, la búsqueda por países o, para ser más exactos, por dominios de Internet: *.es*, *.mx*, *.ar*, *.sv*, que puede ser un criterio representativo) nos permiten afinar la búsqueda hasta quedarnos solo con los ejemplos que nos interesen.

carácter genérico⁶. Por su parte, en Costa Rica –y lo mismo ocurre en Cuba– es básicamente un ‘empleado de gasolinera’ y en Puerto Rico –estas dos últimos países en el Caribe– sirve para denominar la ‘boquilla’ de una manguera de riego⁷. Volviendo a América Central, todos los ejemplos de Panamá remiten a la *pista* de hípica. Vista la región en su conjunto, como puede comprobarse, la situación no se corresponde cabalmente con la alusión genérica a América Central que hace el *DRAE*.

No puedo detenerme en muchos más detalles porque lo que me interesa, más que el estudio particular de esta voz, es el propio ejercicio que estamos haciendo, pero sí he de decir que, junto a los valores mencionados arriba, en la inmensa mayoría de las ocasiones en las que se localiza cualquiera de las variantes formales de *pistero* en la red, el significado remite no a los derivados de *pisto* sino a alguno de los varios sentidos que tiene en castellano *pista*, dando lugar a una serie de acepciones, por tanto, que ni siquiera aparecían registradas en el *DRAE* y que paradójicamente son las más frecuentes en castellano.

Lo curioso es que el término se ha especializado, dependiendo de criterios diatópicos o diastráticos, para muy diversos tipos de personas y actividades relacionadas con la *pista*. De este modo, en un contexto musical, *pistero*, *-ra*, se refiere a la música creada especialmente para la *pista* de baile (“house pistero”, “música pistera”, “canción pop sensual, pistera y bailable”), uso que está bastante extendido en toda la red hispana. En los foros y webs de caza, el *pistero* es el guía o rastreador que conduce al grupo de cazadores en, por ejemplo, un safari (“los pisteros, todos ellos cazadores nativos”). *Pista* ‘camino provisional, no asfaltado’ da también lugar a camino *pistero*, o simplemente *pistero* (“mapas de carretera y pisteros”), en textos que solo encuentro en España, preferentemente en foros de motocross.

Pero el mayor volumen de ejemplos corresponde a derivados de *pista* con el sentido de cancha, espacio para practicar algún deporte. Así, en Argentina y Uruguay el significado inmediato es el del aficionado a los coches y, dentro de este grupo, especialmente a quienes se dedican a transformarlo (*tunearlo*) o a las carreras de coches

⁶ La red también nos descubre que el significado de ‘avaro’ ni siquiera es exclusivo del español de Centroamérica. El mismo sentido tiene en zonas de La Mancha, en España, como se recoge en *El Dicciónárido*, <http://usuarios.lycos.es/tote1982/Dicciónarido.htm>

⁷ Este sentido es seguramente una metáfora formal desde el significado más antiguo de *pistero* ‘vasija pequeña con un cañón que le sirve de pico y un asa en la parte opuesta’, que ha pasado al dispositivo en el que acaba una manguera de riego, de los bomberos o del dispensador de una gasolinera. Todavía un paso más allá, recibe el nombre de *pistero* el operario que trabaja en una estación de servicio manejando las mangueras de llenado combustible.

(“volante pistero”, “llantas pisteras”, “tiene un coche pistero”), lo que, en ocasiones, lleva a utilizar el término con cierto tono despectivo. Algo similar ocurre con las motos (“moto pistera”, “casco pistero”), uso bastante extendido. Entre los aficionados al ciclismo –con especial incidencia en textos de Colombia, Ecuador, México o Cuba– un *pistero* es el ciclista que compite en pista por oposición al que compite en ruta o carretera (“nuestras pedalistas han sido más pisteras que ruteras”, “una generación de ruteros y pisteros”). Aquí cabe también la bici *pistera* –de uso bastante general– por oposición a la bicicleta de montaña. La misma oposición sirve en el campo del patinaje (“patinaje pistero”, en Chile). Entre tanto, en los países en los que se dan las condiciones para la práctica del esquí (Argentina, Chile, España) y especialmente entre estos deportistas, el *pistero*, es el encargado de controlar las pistas de esquí (“socorrista pistero”). Sin embargo, si nos movemos entre los aficionados a las carreras de caballos, *pistero* es adjetivo aplicable a cualquiera de los elementos que entran en juego en la pista del hipódromo (“accidente pistero”, “campeón pistero”, “historial pistero” ...) mientras que para los aficionados al tenis, *pistero* es el encargado de mantenimiento de la pista de juego. Incluso lo he visto en algún caso para referirse a los deportistas (“atleta pistero”) que compiten en la pista del estadio.

Podría incluso añadirse algún otro ejemplo pero creo que el material expuesto es más que suficiente para hacernos una idea de la importancia que para el lingüista tiene Internet cuando se toma como una especie de corpus global y se utiliza como un privilegiado observatorio desde el que analizar la lengua. Con el ejemplo que hemos visto, ahora sabemos mucho más de lo que nos decía el diccionario o, incluso, de lo que apuntaba un corpus con millones de palabras y bien organizado como es el *CREA* académico. Dudar hoy de la utilidad de esta herramienta o actuar como que no existiera no parece que sea el mejor camino. Una actitud que solo es comparable –por lo poco útil que resulta– con quienes se refieren a Internet únicamente para reiterar el continuo lamento sobre lo mal que se escribe o sobre el desesperante batiburrillo gráfico del modelo –mejor modelos– de lengua usado en chats, foros y mensajes SMS.

Pero el uso de la red como corpus de trabajo no solo supone un enorme salto en cuanto a la cantidad de los materiales disponibles. También lo es en cuanto a la calidad y características de los mismos. Si en el ejercicio anterior hubiéramos manejado únicamente textos convencionales (libros, prensa, textos normativos) no habríamos tenido acceso a una parte importante de los resultados presentados. Internet, como

medio de comunicación, ha supuesto un cambio radical en el acceso a la edición de textos y los materiales que reúne presentan sustanciales diferencias respecto a los que tradicionalmente se manejaban para crear un corpus de trabajo, prensa y obras literarias principalmente.

Los medios de comunicación clásicos, desde el punto de vista del acto comunicativo, se caracterizan por contar con unos pocos autores (el periodista, el consejo de redacción, el autor literario...) que crean mensajes que son consumidos masivamente por millones de personas que, sin embargo, no tienen oportunidad de convertirse, a su vez, en emisores en esos mismos medios. La red ha cambiado radicalmente esta situación. La generalización del acceso a la misma no solo convierte al lector en destinatario sino que, sin necesidad de contar con especiales conocimientos ni con unos medios costosos, el lector puede optar por convertirse también en emisor. En definitiva, para lo que aquí nos interesa, la imagen de la lengua –de cualquier lengua– que podemos obtener en la red es siempre inmensamente más variada, compleja y rica que la que dibujaban los medios de comunicación tradicionales, siempre sujetos a normas de edición y libros de estilo y utilizando un modelo de lengua que se considera que es el apropiado para la modalidad de lengua escrita.

Por otra parte, este hecho, además de suponer un cambio radical en la estadística de *informantes* de los que podemos obtener textos, implica también cambios sustanciales en el modelo de lengua que se impone en las secciones de la red menos convencionales. No hace falta ser muy perspicaz para darse cuenta de que en foros de discusión, blogs o grupos de noticias, el modelo de lengua que impera es muy poco formal. Antes bien, el recurso a la oralidad, a tratar de trasvasar los registros orales a un texto que irremediablemente es un texto escrito, parece dominarlo todo. Como consecuencia, la diversidad en los modelos de lengua y registros lingüísticos que podemos localizar en la red son mucho mayores que en cualquier otro medio escrito. Eso explica, por ejemplo, la notable variedad de acepciones de *pistero* que hemos visto y el mismo hecho de que varios de estos sentidos ni siquiera estén registrados por la Academia, siempre atenta a un registro más cuidado de la lengua.

Hay otro fenómeno al que el lingüista habrá de estar muy atento y del que, de momento, carecemos todavía de perspectiva histórica para juzgarlo con detalle. Me refiero a la posibilidad de que este medio, que ha irrumpido estruendosamente en la vida

diaria de millones de personas y que previsiblemente lo hará en la de muchos más en un futuro no lejano, condicione en alguna medida la evolución de la lengua.

¿Es posible, pongamos por caso, que Internet acabe afectando en una u otra dirección a la cohesión interna de la lengua? Podría darse la circunstancia de que, como ocurre con algunos productos televisivos, se eche mano de un modelo de español neutro, dialectalmente no marcado, que pueda ser consumido sin mayor inconveniente por hispanohablantes de diversas latitudes. Este planteamiento, que es perfectamente posible cuando el texto está en manos de un pequeño equipo de guionistas y editores, es imposible de aplicar en un medio como Internet, en el que –como hemos visto antes– todo el mundo tiene la posibilidad de intervenir y suele hacerlo sin atender demasiado a ciertos convencionalismos lingüísticos.

Por otra parte, la variación lingüística dentro de una misma lengua tal como estamos acostumbrados a estudiarla descansa, sobre todo, sobre criterios geográficos y sociales que permiten establecer lo que denominamos variación diatópica (los dialectos) y variación distrática (los diferentes registros de la lengua). Los hablantes interactúan con los de su entorno, dan lugar a una nivelación lingüística dentro de su área geográfica y establecen, a la vez, algunas diferencias con otras zonas, lo que luego se dibuja en isoglosas. La aparición de Internet, sin embargo, provoca al respecto una situación tan curiosa como novedosa. Dado que estamos ante un medio de comunicación que no entiende de fronteras geográficas, para un hablante “conectado” resulta probablemente más fácil relacionarse con otras personas con intereses comunes –con independencia del lugar en el que vivan– que con algunos de sus vecinos inmediatos, con los que quizá no cruza más que algún saludo ocasional. En este sentido, Internet diluye las diferencias geográficas hasta casi hacerlas desaparecer, al tiempo que potencia el establecimiento de vínculos de carácter social, con absoluta independencia del espacio en el que se ubiquen los interlocutores.

En el ejemplo de *pistero* que hemos visto líneas atrás, tenemos algunas claves. Las acepciones más tradicionales (avaro, monedero, boquilla, empleado de gasolinera) tienen una localización geográfica precisa, son claramente variantes diatópicas. Sin embargo, otras de las acepciones indicadas –pienso por ejemplo en la relativa a la música– pertenecen a una especie de argot sin adscripción geográfica concreta y, en los foros de música, internautas de cualquier lugar utilizan regularmente este adjetivo que, fuera de ese ambiente, resultaría desconocido. Lo mismo puede decirse de la acepción

correspondiente al esquí o a la caza. Podría entonces ocurrir que las características de Internet acaben propiciando la potenciación de variantes de tipo social en detrimento de las de carácter espacial o geográfico.

Aún cabe otro planteamiento en esta misma línea. Internet es uno de los iconos de un concepto muy de nuestros días como es el de la globalización. No es raro ver asociados estos conceptos (globalización, Internet, lengua) con el temor ante la expansión de una especie de uniformidad lingüística, bien en beneficio de una lengua (el inglés, claro), bien en favor de una determinada modalidad dentro una misma lengua. Desde luego que, si las lenguas sirven para comunicarse, un medio de comunicación global pide también una lengua o lenguas de ámbito general.

Sin embargo, en contra de la actitud globalizadora que cabría suponer que se da en la red, la facilidad de publicación que el medio permite hace que sea un campo inmejorable para todo tipo de experimentos lingüísticos. Uno de ellos viene dado precisamente por el auge de lo local frente a lo global o, al menos, la convivencia entre ambos puntos de vista. Efectivamente, la inmensa mayoría de las páginas están escritas en las lenguas mayoritarias, especialmente en inglés, claro está, pero, al mismo tiempo, nos encontramos también con que lenguas minoritarias, modalidades o variedades lingüísticas no académicas e inclusoseudolenguas que difícilmente alcanzarían a verse representadas en la lengua impresa por los medios convencionales, encuentran en Internet un campo abonado para publicitarse, dándose el caso curioso de que algunas de estas lenguas parecen gozar de mejor salud virtual que real⁸.

Internet es, como puede verse, un interesantísimo campo de ensayo en el que el lingüista ha de estar siempre atento a las novedades que se produzcan y, sobre todo, a los nuevos modos de expresión que el propio medio parece propiciar. Es, en este sentido, un reto al que resulta obligado enfrentarse pero, al mismo tiempo, es un auténtico filón de datos que es preciso aprovechar. Lo que, desde luego, no cabe es mirar para otro lado. Es necesario, en primer lugar, aceptar la nueva situación que este medio dibuja para, inmediatamente después, tratar por todos los medios de integrarlo de forma plena en la investigación como una herramienta habitual de trabajo, bien como

⁸ Sobre la presencia de variantes del español en la red puede verse, por ejemplo, la sección de *Diccionarios de Variantes* de mi página <http://www3.unileon.es/dp/dfh/jmr/>, donde se reúnen centenares de enlaces a diccionarios de formas no normativas, o, en la sección de *Biblioteca de artículos*, un trabajo (“Variantes del español en la Red”) sobre la variación en la terminología deportiva seguida a través de una muestra de periódicos hispanos, en los que también puede verse un atisbo de uniformar el léxico.

fuelle de datos, bien como observatorio para analizar los cambios que se están produciendo ante nuestros propios ojos.